

Releyendo a Pancho Aricó: Gramsci en los años '60

José María Aricó, *La cola del diablo*

Ediciones Puntosur. Buenos Aires. 1988.

Releyendo *La cola del diablo*, seis años después de su aparición, la imagen de Pancho Aricó resurge con la nostalgia de una fotografía en blanco y negro. Ya en la primera página, en la dedicatoria, Pancho me escribía: "¡Cuántos años han pasado de esta historia y todavía seguimos reconociéndonos en el mismo lado de las cosas! ¿Por qué no pensar que los años no pasaron en vano? Tal vez tengamos menos ilusiones, pero no se puede negar que hemos aprendido".

Viene a la memoria aquellos libros de tapas verdes, publicados por la editorial Lautaro entre 1958 y 1962, algunos traducidos y prologados por Pancho. Eran las primeras ediciones en español de la obra de Antonio Gramsci: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, *Literatura y vida nacional* y *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*.

Pancho Aricó era unos diez años mayor que quienes, a fines de las décadas del cincuenta, entrábamos en la Universidad. Pero no lo conocimos en la Universidad, sino fuera de ella. Su relación con el saber y la cultura estaba en otro escenario. Pancho era un autodidacta, que leía libros de historia y política mientras viajaba en tranvía. Entonces era el secretario de la Federación Juvenil Comunista de Córdoba. En aquellos años la Argentina era —cuándo no— un caldero político y social. La caída de Perón, en 1955, había creado un profundo desequilibrio, y la antinomia peronismo-antiperonismo no fue superada por la victoria de Frondizi en

1958. Poco después, en 1959, la revolución cubana abría un nuevo curso en Latinoamérica. Córdoba era una ciudad impetuosa, en la que la conjunción de la gran industria y la universidad de masas le daban un gran dinamismo político, social y cultural.

De aquellos años, justamente, parte del análisis de Pancho Aricó en *La cola del diablo*, que lleva como subtítulo "Itinerario de Gramsci en América Latina". Es, ante todo, un retrato de época, un fresco sobre una Argentina que ya no existe, centrado en algunos problemas y algunos personajes: la influencia de Gramsci y el marxismo *iatliano*, el impacto de la revolución cubana, los avatares de la política argentina.

El mundo cambiaba aceleradamente en esos años. Nikita Jruschov estaba "desestalinizando" la Unión Soviética y planteando una perspectiva nueva del socialismo y el comunismo. John Kennedy había renovado la democracia norteamericana, recogiendo la tradición progresista del "New Deal" y de los tiempos de la guerra contra el nazismo. El papa Juan XXIII le había dado un nuevo rostro a la Iglesia Católica, abriendo el camino al histórico Concilio Ecuménico Vaticano II.

En los primeros años '60, momento tan especial —y tan efímero— de la historia argentina y del mundo, Pancho Aricó inventa y lanza la aventura de *Pasado y Presente*. Era una revista hecha por intelectuales (particularmente profesores y estudiantes de la Facultad de Filosofía y Humanidades), pero que quiso engarzarse —y en parte lo logró— con la problemática social, política, sindical y cultural de Córdoba y el país.

Pasado y Presente se publicó en Córdoba en su primera etapa (1963-65), y desde

el primer número tuvo prestigio nacional, a la par de revistas similares que se editaban en Buenos Aires. En ella aparecieron los artículos de Régis Debray "El castrismo, la gran marcha de América Latina", que tanta pólvora iba a levantar en la izquierda latinoamericana, o el de Oscar Masotta "Jacques Lacan o el inconciente en filosofía", que introdujo en la Argentina a una de las corrientes más importantes del psicoanálisis contemporáneo.

Muchos jóvenes intelectuales cordobeses hicieron sus primeras armas en *Pasado y Presente*.

Era una revista "gramsciana". ¿Por qué Gramsci en la Argentina y la Latinoamérica de aquellos años? Esta es la temática de *La cola del diablo*, es decir, una explicación a la vez histórica y teórica de la entrada de Gramsci en América Latina, de ese pensamiento versátil y heterodoxo que podía servir de clave de interpretación de las realidades del "capitalismo periférico", de la particular estructura de clases y el populismo o los movimientos "nacional-populares" de Latinoamérica.

Por otra parte, Gramsci expresaba la posibilidad de "otro socialismo", diferenciado tanto del comunismo estalinista cuanto de ese reformismo socialdemócrata que dejaba intactas las estructuras del capitalismo y, en el caso de Latinoamérica, de la dependencia. (El comunismo argentino no podía aceptar semejante heterodoxia: Pancho y sus compañeros de *Pasado y Presente* fueron expulsados o separados del partido después que apareció el primer número de la revista).

¿Por qué Gramsci? Por la profunda sugestión de su pensamiento político, por la riqueza de su concepción del marxismo como "filosofía de la praxis", por su idea de la "sociedad civil" como el escenario privilegiado de la política, donde se construyen

los grandes consensos y la "hegemonía" de una clase revolucionaria (no ya la "dictadura del proletariado" ejercida a través del poder coercitivo del Estado).

Gramsci fue el pensador de la "revolución de Occidente" —según la feliz expresión de María Antonietta Macciocchi—, de una revolución que no podía consistir en una simple toma del poder (como de algún modo lo había sido en Rusia) sino en un lento avance del "moderno príncipe" (el partido del proletariado) a través de la espesura de la "sociedad civil", que en Occidente (a diferencia de Oriente) se caracterizaba por su complejidad y la fuerte influencia de la Iglesia, los Sindicatos, las escuelas y las universidades, la prensa y el mundo de la cultura y del arte. Y la revolución en Occidente no podía ser sino una profunda "reforma intelectual y moral", en la que los intelectuales estaban llamados a jugar un papel de primera línea; y el "moderno príncipe" debía ser el intérprete de "una voluntad nacional-popular" y el eje de un "nuevo bloque histórico de fuerzas".

Ese era el Gramsci que Pancho Aricó y sus compañeros de *Pasado y Presente* trajeron a esta "Turín argentina" que era la Córdoba de principios de la década del sesenta, con un nuevo proletariado industrial y una gran universidad (de cuya conjunción surgieron todos los fenómenos sociales y políticos de esos años, incluido el Cordobazo de 1969). Ese era el Gramsci que entró a otros países latinoamericanos como clave de interpretación de la realidad y de acción política. La influencia de Antonio Gramsci se fue apagando con el correr de los años, entre otras cosas por los grandes cambios que ocurrieron en el mundo en las últimas dos décadas, desde la crisis del Estado de Bienestar en los países occidentales hasta el derrumbe del comunismo en la ex-urss, desde la nueva revolución tecnológica que

siguió a la crisis petrolera hasta la desestructuración de la sociedad industrial y la virtual desaparición de la clase obrera como "sujeto revolucionario".

De esta última parte de la historia también habla Pancho Aricó en *La cola del diablo*. Pancho murió hace tres años, y al recordarlo —releyendo este libro— nos damos cuenta que él fue un gran gramsciano hasta el fin, que la imagen del gran pensador sardo lo acompañó durante treinta años, como la "sombra al cuerpo" (dice en el prólogo), que vivió la política —como

decía Gramsci— "como el paso de un momento egoístico-pasional a otro ético-político". Y la última frase de su dedicatoria, cuando decía que "tal vez tengamos menos ilusiones, pero no se puede negar que hemos aprendido", tal vez pueda ser leída a la par de aquella de Gramsci, que decía los hombres deben asumir su compromiso con la historia y con la vida "con el pesimismo de la conciencia y el optimismo de la voluntad". ■

Julio César Moreno

Alejandro Agustín Lanusse, *Confesiones de un general*

Editorial Planeta, Buenos Aires 1993. 291 págs.

Alejandro Agustín Lanusse, luego de completar su carrera militar alcanzando el grado máximo de teniente general, fue Presidente de facto de la República Argentina entre el 23 de marzo de 1971 y el 25 de mayo de 1973, fecha en que le entregó el mando al Doctor Héctor J. Cámpora, elegido por el voto popular en representación del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). El principal integrante de dicho Frente fue el Partido Justicialista, que recién después de casi dieciocho años de proscripción pudo participar en una elección presidencial.

Lanusse fue el último Presidente de la autollamada "Revolución Argentina" encabezada por el general Juan Carlos Onganía, quien el 28 de junio de 1966 derrocó al gobierno constitucional del Dr. Arturo Illia y gobernó el país hasta mediados de 1970, fecha en que asumió la Presidencia el general Roberto Marcelo Levingston.

Confesiones de un General es el tercero de los libros escritos por Lanusse, y en cier-

ta manera viene a complementar los dos anteriores: el primero, *Mi Testimonio*, fue escrito en el año 1977 cuando el terrorismo de estado se encontraba aún en pleno apogeo, y por la posición crítica del autor hacia la violencia ejercida por el Gobierno, fue catalogado por diversos autores como una crónica heroica; el segundo, *Protagonista y Testigo*, fue publicado en 1988 y concebido por el mismo autor como una explicación de sus convicciones democráticas, tema que —reconoció— debió haber sido incluido en el primer trabajo.

Decíamos que *Confesiones de un General* complementa los dos libros anteriores porque el periodo histórico que abarca —los últimos cincuenta años de vida política del país— es prácticamente el mismo, sólo que esta vez el carácter del relato no se ocupa tanto del desarrollo de los hechos, como de la ubicación del autor en cada uno de ellos, llegando en muchos casos a plantearse posiciones de auténtica autocrítica, como cuando al final del libro reconoce que los